SOCIAL REVIEW | Vol. 14, No. 2, 2026 | ISSN 2695-9755
International Social Sciences Review /
Revista Internacional de Ciencias Sociales
https://doi.org/10.62701/revsocial.v14.5595

# TEORÍA CRÍTICA DE LA AUTOMATIZACIÓN
# Tecnodiversidad y descolonización infraestructural en el ámbito transatlántico del español y el portugués

Critical theory of automation: Technodiversity and infrastructural decolonization in the transatlantic Spanish- and Portuguese-speaking sphere

MANUEL DE LA CRUZ RECIO (MANUELDELACRUZRECIO@USAL.ES)[1]
[1]Universidad de Salamanca, España

**KEYWORDS**
*Linguistic automation*
*Technological sovereignty*
*Philosophy of technology*
*Technodiversity*
*Mediation*
*Opacity*

**ABSTRACT**
*Linguistic automation in the transatlantic Spanish- and Portuguese-speaking sphere is usually framed as a strategic question of technological sovereignty, as if models, datasets and infrastructure could solve a problem whose challenges are also political, ontological and epistemic. This article argues that such interpretations remain conceptually partial. Linguistic automation is understood here as the set of computational systems and infrastructures through which language becomes manageable, classifiable and optimizable, including machine translation, speech technologies, language models, search and moderation systems, together with the benchmarking and data practices on which they rely. The article presents a theoretical rather than an empirical argument. It reconstructs the infrastructure-centred conception of sovereignty that currently predominates in policy and strategic discourse, clarifies the philosophical assumptions on which it rests, and subjects those assumptions to the pressure of the critical theory of technology, the political economy of AI and Caribbean thought.*

**PALABRAS CLAVE**
*Automatización lingüística*
*Soberanía tecnológica*
*Filosofía de la tecnología*
*Tecnodiversidad*
*Mediación*
*Opacidad*

**RESUMEN**
*La automatización lingüística en el ámbito transatlántico del español y el portugués se suele plantear como una cuestión estratégica de soberanía tecnológica, como si los modelos, los conjuntos de datos y la infraestructura pudieran resolver un problema cuyos retos son también políticos, ontológicos y epistémicos. Este artículo sostiene que tales interpretaciones siguen siendo conceptualmente parciales. Por automatización lingüística se entiende aquí al conjunto de sistemas computacionales e infraestructuras a través de los cuales el lenguaje se vuelve manejable, clasificable y optimizable, incluyendo la traducción automática, las tecnologías del habla, los modelos lingüísticos, los sistemas de búsqueda y moderación, junto con las prácticas de referencia y de datos en las que se basan. El artículo presenta un argumento teórico más que empírico. Reconstruye la concepción de la soberanía centrada en la infraestructura que predomina actualmente en el discurso político y estratégico, aclara los supuestos filosóficos en los que se basa y somete dichos supuestos a la presión de la teoría crítica de la tecnología, la economía política de la IA y el pensamiento caribeño.*

**RECIBIDO: 23 / 06 / 2026**
**ACEPTADO: 11 / 10 / 2026**

## 1. Introducción

La automatización lingüística suele presentarse como un bien casi evidente. En buena parte del debate actual aparece como un instrumento de modernización digital: más capacidad computacional, más datos, más coordinación técnica y, con ello, una mayor autonomía estratégica. Bajo esta premisa, una vez alcanzada cierta escala infraestructural, la dependencia política tendería a disminuir y podría abrirse paso un orden digital más autodirigido.

Esa formulación contiene una parte de verdad, pero no agota el problema. Importan la capacidad pública, la infraestructura local y la reducción de la dependencia respecto de un número limitado de plataformas corporativas. También importa la posibilidad de ampliar la presencia del español y del portugués en sistemas de traducción automática, búsqueda, educación, medios de comunicación y administración pública. Pero la cuestión decisiva es otra: qué ocurre con el lenguaje cuando deja de entenderse ante todo como práctica histórica, social y política y pasa a definirse como un entorno computable para la optimización, la predicción y la administración.

Cuando el lenguaje se convierte en dato, *benchmark*, interfaz y salida probabilística, la automatización deja de ser una ayuda neutral a la comunicación. Pasa a intervenir en las condiciones mismas bajo las cuales el discurso se vuelve legible, la variación aceptable, la expresión creíble y la diferencia administrable. En este sentido, la automatización lingüística no remite a una sola tecnología, sino a un conjunto de sistemas que tratan el lenguaje como algo susceptible de segmentación, clasificación, predicción y mejora técnica. Ahí se incluyen la traducción automática y las memorias de traducción, el reconocimiento de voz y la transcripción, la moderación de contenidos, la clasificación de búsquedas, los grandes modelos lingüísticos, los asistentes generativos y las prácticas de curación, evaluación y estandarización de datos. Tales sistemas no son equivalentes entre sí, pero comparten una misma racionalidad: convierten el lenguaje en un objeto operativo.

El enfoque adoptado es teórico-crítico y de carácter reconstructivo. No se ofrece aquí un estudio empírico comparativo de sistemas concretos ni un análisis exhaustivo de políticas lingüísticas a lo largo de toda la esfera transatlántica del español y el portugués. El objetivo es más acotado y, a la vez, conceptualmente previo: reconstruir los supuestos ontológicos y políticos que organizan el discurso contemporáneo sobre soberanía tecnológica y automatización lingüística, y someterlos a examen a la luz de varias tradiciones de pensamiento. Para ello, se parte del vocabulario hoy dominante en torno a la infraestructura, la competitividad y la autonomía digital, con el fin de esclarecer la concepción del lenguaje que dicho vocabulario presupone. Esa reconstrucción se contrasta después con cuatro núcleos teóricos: la crítica de la racionalidad técnica en Marcuse (2002); la reflexión sobre diseño y mediación en Feenberg (1999, 2012) y Verbeek (2006); el análisis del poder infraestructural y de la teoría digital crítica en Crawford (2021), Dumitrica y Wyatt (2015); y, por último, la crítica de la sincronización, la colonialidad, la opacidad y la producción de lo humano en Hui (2020, 2024), Fanon (2008), Glissant (1997) y Wynter (2003). No se pretende verificar hipótesis generalizables, sino establecer un marco conceptual desde el que evaluar las implicaciones políticas, epistémicas y normativas de la automatización lingüística.

Este argumento tiene límites claros. No ofrece un panorama comparativo de las políticas lingüísticas en todo el espacio transatlántico ni examina de manera empírica plataformas, conjuntos de datos o implementaciones públicas concretas. Esas tareas siguen siendo necesarias. La tesis es otra: sin una clarificación filosófica más precisa de lo que hace la automatización cuando vuelve operativo, gobernable y optimizable el lenguaje, ese trabajo empírico corre el riesgo de reproducir, en sus propios términos, las dependencias que pretende diagnosticar. El artículo propone, por tanto, un suelo conceptual para investigaciones posteriores, no un sustituto de ellas.

La tesis central es, por tanto, doble. Por un lado, la automatización lingüística constituye un problema ontológico-político, no solo operativo, porque reconfigura las condiciones de mediación, reconocimiento y ordenación del discurso. Por otro, toda concepción de la soberanía que se limite a la infraestructura, la escala o la presencia en el mercado resulta insuficiente si deja intacta la racionalidad técnica mediante la cual se reorganiza la vida lingüística. La soberanía no

puede reducirse a disponer de recursos computacionales propios ni a garantizar la presencia del español y del portugués en sistemas automáticos. Exige también interrogar quién diseña, con arreglo a qué criterios se clasifica, qué formas de inteligibilidad se privilegian y qué concepción de lo humano queda sedimentada en tales infraestructuras. Por eso el ámbito transatlántico del español y el portugués no debe entenderse como un bloque lingüístico armónico. Se trata, más bien, de una formación históricamente desigual, marcada por la expansión imperial, la jerarquización racial, la estratificación epistémica y la integración tecnológica asimétrica. Tomarlo como campo analítico implica examinar cómo la automatización reordena el lenguaje a través de historias compartidas, aunque profundamente desiguales, en lugar de suponer que la mera representación del español o del portugués en sistemas automáticos constituye por sí sola un logro político suficiente.

Sobre esa base, el argumento se desarrolla en cinco movimientos. El primero define la racionalidad técnica y muestra por qué la reducción del lenguaje a objeto manejable entraña ya una decisión filosófica. El segundo examina, a partir de Feenberg (2012), Verbeek (2008), Crawford (2021), Dumitrica y Wyatt (2015), cómo los sistemas aparentemente neutros sedimentan opciones políticas en el diseño, en las prácticas de datos y en las formas de control. El tercero recurre a Hui (2020) para distinguir la soberanía de la mera adaptación a un orden técnico globalmente dominante. El cuarto desplaza el análisis hacia Fanon (2008), Glissant (1997) y Wynter (2003), cuyas aportaciones permiten situar el problema más allá de la infraestructura y remitirlo a las historias coloniales de clasificación, transparencia y producción de lo humano. La sección final extrae las implicaciones de este recorrido para una concepción más robusta y menos gerencial de la soberanía lingüística.

## 2. Racionalidad técnica y la reducción del lenguaje

La primera dificultad radica en cómo se enmarca el lenguaje. El discurso estratégico sobre la automatización suele dar por sentado que el lenguaje es un objeto manejable: algo que puede procesarse, regularizarse, indexarse y mejorarse. Esa suposición ya es filosófica. Implica que la mediación puede descomponerse en funciones discretas, que la inteligibilidad puede medirse a través de indicadores de rendimiento y que la vida lingüística puede reorganizarse sin un resto significativo.

Por racionalidad técnica se entiende precisamente esta tendencia a redescribir prácticas sedimentadas histórica y políticamente controvertidas en términos de optimización, calculabilidad y adecuación funcional. La tecnocracia, en el sentido más estricto relevante aquí, no es meramente el gobierno de los expertos. Es el predominio de una forma de juicio en la que las decisiones políticas se presentan como necesidades técnicas. Una vez que eso ocurre, las alternativas dejan de aparecer como tales; se reformulan como ineficiencias, fricciones o retrasos.

Marcuse sigue siendo indispensable porque nombra el cierre que opera en este tipo de razonamiento. La racionalidad tecnológica, según él, no es un instrumento externo aplicado a un campo social por lo demás intacto; es un modo histórico de razón que naturaliza la eficiencia, la coordinación y la calculabilidad como criterios de legitimidad. En esas condiciones, el discurso se contrae. Como escribe Marcuse (2002), «el lenguaje cerrado no demuestra ni explica: comunica decisión, dictamen, orden» (p. 105). La relevancia de esa formulación para los debates actuales sobre la automatización lingüística es inmediata. El gesto tecnocrático no se limita a proponer soluciones; reduce el espacio en el que siquiera puede articularse la contestación.

Una vez que la automatización se instala en ese registro, la cuestión decisiva ya no es solo si un sistema determinado funciona bien. Primero surge una cuestión más básica: ¿según qué estándar de inteligibilidad funciona en absoluto? El lenguaje no es meramente un vehículo para la transferencia de información. Es también un medio de reconocimiento, sedimentación histórica, contestación y valor. Los sistemas automatizados no se limitan a procesar enunciados. Los clasifican, anticipan, corrigen y ordenan según normas integradas en sus arquitecturas. Un modelo lingüístico no se limita a reflejar el uso; estabiliza jerarquías de relevancia, frecuencia, claridad y normatividad. Un sistema de traducción no solo transfiere contenido semántico; también privilegia determinadas formas de equivalencia, estandarización y fluidez frente a otras.

En este punto, resulta útil distinguir entre asistencia y mediación. El discurso gerencial en torno a la IA suele imaginar los sistemas técnicos como apoyos externos añadidos a prácticas comunicativas ya existentes. La descripción de Verbeek sobre la mediación tecnológica desestabiliza esa imagen al mostrar que las tecnologías configuran la percepción, la acción y las relaciones entre el ser humano y el mundo, en lugar de funcionar como intermediarios neutrales (Verbeek, 2006, 2008). Aplicado a la automatización lingüística, la implicación es sustancial. El significado se redistribuye entre hablantes, conjuntos de datos, lógicas de interfaz, taxonomías y sistemas predictivos. El sujeto hablante ya no aparece simplemente como la fuente soberana del enunciado, sino como un punto dentro de un campo estructurado por una clasificación preventiva y una expectativa formateada.

Por eso, las ganancias en productividad, la velocidad de traducción y el acceso ampliado, por muy importantes que sean, no lo son todo. La automatización lingüística altera las condiciones bajo las cuales el habla se vuelve central o periférica, autoritaria o prescindible, estándar o desviada. El problema no es que la automatización sustituya alguna forma de comunicación humana que de otro modo sería pura. Es que reorganiza la mediación bajo estándares que pueden parecer meramente técnicos porque ya han sido normalizados.

## 3. Diseño, clasificación y diferencia operacionalizada

La teoría crítica de la tecnología ayuda a poner de manifiesto lo que la retórica de la necesidad tiende a ocultar. El concepto de código técnico de Feenberg (1999, 2012) resulta especialmente útil aquí, ya que identifica el proceso mediante el cual las tecnologías encarnan selecciones moldeadas por intereses institucionales y valores sociales, mientras que posteriormente parecen como si hubieran sido puramente funcionales desde el principio. Una vez admitido este punto, la automatización lingüística ya no aparece como una aplicación neutral de la innovación al lenguaje. Se hace legible como un ámbito de selección política. La optimización nunca es inocente. Presupone prioridades: qué se considera un resultado satisfactorio, qué variedades se tratan como estándar, qué grado de ambigüedad se puede tolerar, qué formas de trabajo desaparecen una vez que se considera que el sistema funciona, y de quiénes se redistribuyen silenciosamente las cargas comunicativas.

Verbeek agudiza el argumento desde un ángulo diferente. Si las tecnologías median la acción, no se limitan a transmitir intenciones preestablecidas; ayudan a configurar el campo en el que las intenciones toman forma. En los sistemas lingüísticos, las interfaces, las indicaciones, las arquitecturas de clasificación, los mecanismos de corrección y los objetivos de referencia participan todos en la producción del horizonte práctico dentro del cual los usuarios hablan, buscan, traducen o escriben. La política del diseño, por lo tanto, no puede quedar confinada en un back-end oculto. Se extiende a la conducta comunicativa cotidiana.

Crawford sitúa la clasificación en el centro de la IA, en lugar de tratarla como una característica secundaria. La IA contemporánea depende de infraestructuras materiales de mano de obra, energía, extracción y categorización, y la clasificación es uno de los mecanismos a través de los cuales esas infraestructuras se hacen socialmente operativas (Crawford, 2021). En relación con el lenguaje, la consecuencia es bastante clara. La promesa de inclusión puede coexistir perfectamente con la reducción de la pluralidad a una variación administrable. Un mayor volumen de datos en español y portugués no preserva, por sí solo, la diferencia lingüística; puede que simplemente aumente la capacidad de un sistema para normalizar la diferencia a gran escala.

El vocabulario que ofrecen Dumitrica y Wyatt resulta útil por una razón relacionada. Se opone al imaginario social en el que las tecnologías digitales parecen inevitables e intrínsecamente beneficiosas, mientras que las desigualdades sedimentadas en el diseño y el uso se desvanecen de la vista (Dumitrica y Wyatt, 2015). La cuestión no es si los sistemas digitales pueden empoderar a los usuarios en algunas circunstancias; es evidente que pueden. Es que el empoderamiento y el control suelen organizarse dentro de la misma arquitectura. Los motores de traducción, los sistemas de transcripción o los asistentes institucionales pueden ampliar el acceso al tiempo que recompensan el lenguaje estandarizado, los acentos mayoritarios, los marcos semánticos dominantes y las formas de interacción compatibles con la plataforma.

Cuatro ejemplos ilustrativos facilitan la comprensión de esto, incluso a nivel conceptual. La traducción automática en entornos públicos o institucionales suele privilegiar la fluidez y la equivalencia estándar frente a las marcas históricas o regionales. Los sistemas de reconocimiento de voz tienden a recompensar los patrones de acento y las normas acústicas más fáciles de regularizar. Los grandes asistentes de lenguaje generan respuestas de manera que favorecen la frecuencia, la coherencia y la reformulación sin fricciones. Y las prácticas de referencia y de conjuntos de datos convierten la diversidad lingüística en categorías evaluables, haciendo visible la pluralidad solo al subordinarla a esquemas clasificatorios previos. Se trata de casos analíticamente distintos, pero en conjunto muestran que la automatización no solo funciona representando el lenguaje, sino que lo hace operacionalizándolo. Esto no significa que la automatización destruya necesariamente la riqueza lingüística. Significa que la riqueza se filtra a través de arquitecturas que premian algunos tipos de diferencia y penalizan otros. Cualquier análisis más sólido de la soberanía debe, por lo tanto, preguntarse no solo quién tiene acceso a tales sistemas, sino qué formas de vida lingüística hacen más o menos viables.

## 4. Sincronización, tecnodiversidad y los límites de la soberanía competitiva

Hui replantea el problema una vez más. La cuestión ya no es solo el sesgo, la extracción o la concentración de plataformas, sino la forma histórica de la modernidad técnica en sí misma. En Fragmentar el futuro, Hui sostiene que la tecnología moderna tiende a universalizar sus propias categorías y temporalidades, sincronizando mundos heterogéneos en un horizonte de desarrollo común (Hui, 2020). Esto es relevante para la automatización lingüística porque la representación dentro de los sistemas globales puede garantizarse mientras los términos de esa representación sigan fijándose externamente.

En este punto, la tecnodiversidad se convierte en algo más que un eslogan atractivo. La insistencia de Hui (2020) en que «no ha habido una o dos técnicas, ha habido múltiples cosmotécnicas» (p. 58) es una afirmación filosófica con consecuencias políticas inmediatas. Si la modernidad técnica ha coordinado el mundo en un único tiempo de desarrollo, entonces el futuro de las comunidades lingüísticas no puede reducirse a la adaptación dentro de ese tiempo. La soberanía no puede significar una simple inclusión en un sistema cuyas normas operativas permanecen intactas.

Desde esta perspectiva, una concepción meramente competitiva de la soberanía —más escala, un posicionamiento más fuerte, mercados más grandes, mayor presencia en la IA— corre el riesgo de formalizar la dependencia en lugar de superarla. Puede dejar intacto el problema más profundo de que la autonomía política se confunda con una adaptación exitosa a un orden técnico organizado externamente. Hui (2024) lo expone con inusual claridad en Machine and Sovereignty: «la adaptación se sitúa en el lado opuesto de la democracia, ya que la democracia significa principalmente determinación colectiva» (p. 102). La distinción es importante. Una comunidad política puede adquirir modelos, centros de datos, recursos lingüísticos y herramientas reguladoras y seguir estando sincronizada con normas técnicas que no ha configurado de manera significativa.

Este argumento no debe caricaturizarse. No niega la importancia de la infraestructura local, la computación pública, los recursos abiertos o la coordinación institucional. Sin tales condiciones, la intervención democrática a nivel de diseño puede resultar imposible. Pero las condiciones necesarias no equivalen a las suficientes. La infraestructura puede apoyar la autonomía; pero no puede definirla por sí sola. Por lo tanto, un criterio plausible de soberanía debe ser más sólido que la mera presencia dentro del sistema. Debe incluir la capacidad de cuestionar los estándares mediante los cuales los sistemas clasifican, optimizan y ordenan la vida lingüística.

La descripción que hace Hui (2020) de lo local resulta útil por la misma razón. «Lo local», escribe, «no significa aquí política identitaria» (p. 149). Lo local no es un refugio romántico en la autenticidad, sino un espacio desde el que pueden componerse diferentes trayectorias técnicas. Leído en relación con el campo transatlántico del español y el portugués, esto es relevante porque el campo no es ni culturalmente homogéneo ni políticamente simétrico. España y Portugal ocupan posiciones diferentes a las de Brasil, Angola, Mozambique o el Caribe hispanohablante; las

repúblicas latinoamericanas se sitúan, a su vez, en otra historia. Invocar el campo, por tanto, no es postular un sujeto unificado. Es marcar un terreno de historias compartidas de forma desigual en el que la integración tecnológica a menudo ha reproducido jerarquías más antiguas en condiciones más recientes.

## 5. Opacidad, relación y la cuestión colonial de lo humano

En este punto, el argumento cambia de registro. El pensamiento caribeño no es un complemento decorativo de una filosofía de la tecnología por lo demás completa. Se vuelve necesario una vez que se ve que el ordenamiento del lenguaje en la modernidad nunca ha sido separable de la clasificación colonial, la jerarquía racial y la producción de lo humano. Una crítica filosófica limitada al diseño, el sesgo o la concentración de plataformas seguiría siendo insuficiente por esa razón.

Fanon (2008) proporciona el primer giro. El lenguaje nunca es meramente un medio neutral. Hablar, y hablar de determinadas maneras, es entrar en un campo en el que la dignidad, el reconocimiento y el ser están distribuidos de forma desigual. Piel negra, máscaras blancas lo deja claro: «Hablar significa estar en condiciones de utilizar una determinada sintaxis, de aprehender la morfología de tal o cual lengua, pero significa sobre todo asumir una cultura, soportar el peso de una civilización» (Fanon, 2008, p. 8). Esa formulación incide directamente en la automatización lingüística. Si el lenguaje está ligado a la existencia social y a la valoración histórica, entonces la automatización no puede reducirse al problema de procesar el contenido de manera más eficiente. Interviene en un campo ya estratificado por el prestigio, la legitimidad y la exclusión. La estandarización nunca es inocente en un campo así. Lo que se optimiza como claridad o corrección también puede reproducir regímenes de valor heredados.

Glissant (1997) amplía el argumento al rechazar la identidad como raíz singular. «La raíz es única, un tallo que lo absorbe todo y mata todo a su alrededor» (p. 11). Contra esa lógica, opone la relación, la opacidad y la pluralidad irreducible. Esto es importante porque la automatización se defiende a menudo en el lenguaje de la representación: más lenguas, más variantes, conjuntos de datos más inclusivos. Pero la representación puede seguir subordinada a un orden técnico que exige conmensurabilidad antes de conceder visibilidad. Glissant (1997) permite ver lo que se pierde cuando la diferencia solo se reconoce en formas ya compatibles con la legibilidad del sistema. La relación no equivale a una integración transparente, y la opacidad no es un defecto que deba eliminarse. Denomina una condición de coexistencia que se resiste a la captura total.

Wynter radicaliza el problema al desplazar la atención del reconocimiento hacia el modelo del ser humano incrustado en los órdenes modernos del conocimiento. Su argumento en «Unsettling the Coloniality of Being/Power/Truth/Freedom» es que la sobrerrepresentación de una figura particular del Hombre rige lo que se considera razón, normalidad y conocimiento legítimo (Wynter, 2003). Una vez que esa afirmación se aplica a la automatización lingüística, la cuestión ya no es solo si los sistemas incluyen a más hablantes o reducen el sesgo entre categorías. También hay que preguntarse qué modelo de ser humano hablante, racional y optimizable se está presuponiendo. Los sistemas construidos para recompensar la claridad, la transparencia, la coherencia y la variación administrable no se limitan a procesar el comportamiento lingüístico; privilegian tácitamente una norma del ser humano para quien tales atributos parecen evidentemente deseables.

Por eso el pensamiento caribeño es indispensable y no meramente complementario. La filosofía de la tecnología puede demostrar que el diseño es político y que la mediación es formativa, pero Fanon, Glissant y Wynter revelan algo más: el orden de la mediación en sí mismo ha estado históricamente ligado a proyectos coloniales de clasificación y legitimidad. El campo transatlántico del español y el portugués no puede entenderse al margen de esa historia. Se produjo a través de la conquista, la esclavitud, el imperio, la racialización y la formación desigual de los Estados. Cualquier análisis de la soberanía lingüística que deje esas historias al margen del problema es conceptualmente más débil de lo que debería ser.

## 6. De la infraestructura a la mediación democrática

El campo transatlántico del español y el portugués es un objeto útil precisamente porque es internamente desigual. Vincula centros europeos, formaciones latinoamericanas, contextos africanos e historias caribeñas que están relacionadas sin ser comparables. Esa desigualdad no es fortuita. Es lo que hace que el campo sea revelador desde el punto de vista analítico. Una política de automatización lingüística enmarcada únicamente en términos de representación, infraestructura o cuota de mercado corre el riesgo de tratar el ámbito como un bloque único cuyos intereses pueden satisfacerse mediante la expansión técnica. Lo que esta visión pasa por alto es que la cuestión política se refiere a los términos en los que se ordena la vida lingüística, no solo a la escala en la que participan los actores locales.

Feenberg vuelve a cobrar relevancia en este punto. Democratizar la tecnología no es simplemente redistribuir los beneficios a posteriori; es abrir el diseño mismo a la contestación, la intervención y la valoración alternativa (Feenberg, 1999, 2012). En el contexto de la automatización lingüística, eso significa preguntarse quién decide qué se considera un error, qué variedades se tratan como autorizadas, qué fricciones comunicativas se conservan en lugar de borrarse, y cómo se evalúan los sistemas cuando los bienes relevantes no se agotan en la velocidad, la fluidez o el cumplimiento.

Aquí es donde la mediación importa más que la mera infraestructura. Los sistemas de traducción pública para la administración, los asistentes educativos basados en modelos lingüísticos, las interfaces de voz para instituciones multilingües y los proyectos de creación de corpus pueden justificarse en nombre de la inclusión lingüística. También pueden ser necesarios. Sin embargo, la inclusión bajo estándares fijados externamente sigue siendo un logro político limitado. La cuestión más importante es si la propia arquitectura mediadora puede convertirse en objeto de una determinación democrática. Sin ese cambio, la soberanía sigue siendo de carácter administrativo: una cuestión de adquirir herramientas mientras se deja intacta la racionalidad a través de la cual esas herramientas organizan el discurso.

El último punto se deriva directamente de la crítica a la tecnocracia. La hegemonía tecnocrática no se limita a privilegiar los medios sobre los fines. Más profundamente, estrecha el horizonte de futuros imaginables al tratar una vía de desarrollo técnico como algo evidente por sí mismo. Una filosofía de la automatización lingüística debe, por lo tanto, defender algo más que la participación. Debe defender la posibilidad de futuros técnicos no sincronizados en los que la opacidad, la relación, la pluralidad histórica y el desacuerdo democrático no se traten como obstáculos que hay que eliminar. La tecnodiversidad de Hui, la opacidad de Glissant, la explicación de Fanon sobre la valoración lingüística y la democratización del diseño de Feenberg convergen aquí, aunque no pertenezcan a la misma tradición. Juntas hacen visible una norma más firme: no la adaptación al orden técnico existente, sino la autoridad colectiva sobre los términos mediante los cuales se organiza la mediación.

El argumento aquí expuesto también tiene sus limitaciones. No ofrece un panorama comparativo de las políticas lingüísticas en todo el ámbito transatlántico, ni examina con detalle empírico plataformas, conjuntos de datos o implementaciones públicas concretas. Esas tareas siguen siendo necesarias. La tesis es que no pueden enmarcarse adecuadamente sin una explicación filosófica más precisa de lo que hace la automatización lingüística cuando convierte el lenguaje en algo operativo, gobernable y optimizable. En ese sentido, el artículo ofrece una base conceptual para trabajos posteriores, más que un sustituto de los mismos.

## 7. Conclusión

La automatización lingüística no constituye un episodio más en la historia de la asistencia técnica. Reordena las condiciones bajo las cuales las comunidades se vuelven legibles para las instituciones, las plataformas y para sí mismas. Cuando el lenguaje se trata como un campo de clasificación, optimización y predicción, el problema político ya no puede agotarse en la eficiencia, el acceso o la utilidad administrativa. Lo que queda en juego es la mediación misma: quién puede hablar, bajo qué condiciones, según qué estándares y dentro de qué régimen de inteligibilidad.

De ahí que la soberanía no pueda reducirse a la infraestructura. El espacio transatlántico del español y el portugués puede ampliar sus recursos técnicos y seguir, sin embargo, subordinado a normas de diseño, clasificación y sincronización fijadas en otros lugares. La capacidad local importa, pero por sí sola no resuelve la cuestión de la autonomía. Una concepción más exigente de la soberanía debe incluir autoridad democrática sobre los estándares, las arquitecturas y los criterios mediante los cuales la vida lingüística se vuelve medible, manejable y valiosa.

El argumento desarrollado no conduce a un rechazo nostálgico de la automatización. Lo que cuestiona es la premisa de que un único futuro técnico pueda bastar para todos. Pensar con rigor la automatización lingüística en el mundo transatlántico del español y el portugués exige algo más que inclusión dentro de infraestructuras ya dadas. Exige disputar las formas de mediación, los regímenes de clasificación y los horizontes normativos que esas infraestructuras incorporan. Solo en ese plano puede comenzar a formularse una política de soberanía lingüística que no sea meramente administrativa, sino democrática.

## Referencias

Crawford, K. (2021). *Atlas of AI: Power, politics, and the planetary costs of artificial intelligence*. Yale University Press.

Dumitrica, D., y Wyatt, S. (2015). Tecnologías digitales y transformaciones sociales: ¿qué papel desempeña la teoría crítica? *Canadian Journal of Communication, 40*(4), 555-569. https://wwww.doi.org/10.22230/cjc.2015v40n4a3044

Fanon, F. (2008). Piel negra, máscaras blancas (R. Philcox, trad.). Grove Press. (Obra original publicada en 1952).

Feenberg, A. (1999). *Cuestionando la tecnología*. Routledge.

Feenberg, A. (2012). *Cuestionando la tecnología* (Edición revisada). Routledge.

Glissant, E. (1997). *Poética de la relación* (trad. B. Wing). University of Michigan Press.

Hui, Y. (2020). *Fragmentar el futuro: Ensayos sobre tecnodiversidad* (trad. T. Lima). Caja Negra.

Hui, Y. (2024). *Máquina y soberanía: Por un pensamiento planetario*. University of Minnesota Press.

Marcuse, H. (2002). El hombre unidimensional. Routledge. (Obra original publicada en 1964)

Verbeek, P.-P. (2006). Artefactos que actúan: La mediación tecnológica de la acción. En P.-P. Verbeek y A. Slob (Eds.), *Comportamiento del usuario y desarrollo tecnológico: Configurando relaciones sostenibles entre consumidores y tecnologías* (pp. 361-380). Springer.

Verbeek, P.-P. (2008). Intencionalidad cyborg: Repensar la fenomenología de las relaciones entre el ser humano y la tecnología. *Phenomenology and the Cognitive Sciences*, 7, 387-395.

Wynter, S. (2003). *Desestabilizando la colonialidad del ser/poder/verdad/libertad: Hacia lo humano, después del hombre, su sobrerrepresentación: un argumento*. Taller XD / Cráter Invertido.